

Luis Cifuentes Seves.
Kirberg: Testigo y Actor del Siglo XX.
Editorial Universidad de Santiago de Chile.
Santiago de Chile, 2009, 294 páginas.

La existencia de ideologías que encarnaron proyectos de transformación global de las sociedades, y el carácter excluyente de las mismas, constituyeron una de las principales características del siglo XX. La sociedad chilena estuvo inserta en esta tendencia, forjándose en ella diversos cuestionamientos a la realidad local. Por ejemplo, a los grandes problemas derivados de la post Primera Guerra Mundial y a la crisis del capitalismo en la década de 1930, por señalar dos acontecimientos que impactaron fuertemente en la economía y sociedad chilena, sucedió un afán industrializador destinado a equilibrar el carácter primario exportador y precariamente tecnificado de las economías tercermundistas, condiciones que las situaban en una relación de dependencia respecto de los centros del capitalismo mundial. Así, el debate teórico de los años 40 giró en torno a la necesidad de impulsar proyectos de desarrollo de la industria local pa-

ra satisfacer el consumo del mercado interno.

Como es ampliamente sabido, las diferencias en torno a la necesidad de industrialización encontraron un punto de congruencia tras el terremoto de Chillán, derivando en la fundación de la Corporación de Fomento a la Producción (CORFO) por parte de los Gobiernos Radicales. En este sentido, la promoción a la educación técnica de nivel terciario, con el fin de sustentar la creciente industrialización de mediados de siglo, dio origen a la fundación de la Universidad Técnica del Estado (UTE), primera casa de estudios superiores con vocación técnica en el país.

Este es el contexto histórico que inicia el libro del Doctor en Ingeniería Luis Cifuentes Seves titulado “*Kirberg: Testigo y Actor del Siglo XX*”. La obra de Cifuentes constituye un recorrido por los últimos dos tercios del siglo XX chileno a partir de una serie de entrevistas realizadas, en el trans-

curso del año 1991, a Enrique Kirberg Baltiansky (1915-1992), ex Rector de la UTE, con el objetivo de “promover reflexiones en torno a la historia y cultura chilenas, manteniendo sobre el tapete de la discusión las ideas de la tradición progresista, pilares de la construcción de cualquier futuro digno de vivirse” (p. iii). Para ejecutar esta tarea, Cifuentes divide su libro en siete capítulos en los que, a partir de un marco cronológico, busca escudriñar en las diferentes facetas y áreas en que Kirberg tuvo influencia. De esta manera, el capítulo inaugural da cuenta de sus primeros años de estudiante y temprano desarrollo de sus condiciones de liderazgo tras ingresar a la Escuela de Artes y Oficios (EAO). En el segundo apartado, el autor analiza su experiencia como militante comunista y político, pasando luego al examen de su desempeño como profesional y empresario. En el capítulo cuarto desarrolla sus logros en las facetas de académico y Rector pasando, en el apartado siguiente, al análisis de las permanentes consecuencias de dichos roles: las experiencias de prisionero político y exiliado destacando, entre otras, su relegación a Puerto Aysén en febrero de 1936 y a Empedrado, pueblito ubicado al interior de Constitución, en 1949. Kirberg constituye entonces un ejemplo vivo de la represión estatal en contra de los comunistas, elemento de continuidad histórica durante el siglo pasado. En el sexto apartado da cuenta de las lejanías y regresos desde su

exilio a Estados Unidos tras el Golpe de Estado de 1973, concluyendo con un examen global de su experiencia como ‘testigo y actor’ de gran parte del siglo XX. En suma, la diversidad de funciones en los temas abordados por Cifuentes, pueden sintetizarse en éxitos y fracasos, costos y ganancias derivados de las labores dirigenciales y académicas de Kirberg, ejes de una propuesta metodológica que tiene como resultado una comprensión particular de los grandes proyectos y conflictos del siglo recién pasado.

Hijo de inmigrantes judíos llegados a Valparaíso en 1910, Enrique Kirberg Baltiansky puede ser considerado resultado y promotor de la enseñanza técnica nacional. En 1929, a los trece años de edad, ingresó a estudiar electricidad en calidad de interno a la Escuela de Artes y Oficios, entidad fundada a mediados del siglo XIX y orientada principalmente a dar instrucción a los sectores populares del país. Militante comunista desde los 17 años, cumplió durante su período estudiantil diversas funciones como dirigente, las que mantuvo una vez egresado. En este sentido, destacó en su rol de fundador y primer presidente de la Federación de Estudiantes Mineros de Chile (FEMICH) entidad creada en 1945 para conducir desde los estudiantes las demandas por la fundación de una universidad industrial y que, hacia el medio siglo, culminaron con la fundación de la UTE a partir de la fusión de siete escuelas técnicas superiores preexis-

tentes en el país. Profesor de la Cátedra de Iluminación en la Universidad Técnica y en las sedes regionales de Santiago y Valparaíso de la Universidad de Chile, Kirberg no sólo tuvo la particularidad de haber sido el primer Rector democráticamente elegido en agosto de 1968, con la participación de estudiantes, académicos y funcionarios, sino que además fue reelecto en las elecciones de 1969 y 1972, en un contexto marcado por la coexistencia de proyectos contrapuestos sobre cambio social que terminaron abruptamente con su gestión en septiembre de 1973. Tras ser hecho prisionero y relegado a Dawson, Kirberg partió al exilio a Nueva York gracias a las gestiones del doble premio Nobel —de Química en 1954 y de la Paz en 1962— Linus Pauling.

En este perfil público que desarrolla Cifuentes, el autor destaca su Rectorado en un tiempo histórico donde, en congruencia con lo que ocurría dentro y fuera de las fronteras nacionales, se puso en marcha principalmente desde los estudiantes, el cuestionamiento radical de la institución universitaria, teniendo como uno de sus principales tópicos la democratización en el ingreso. Dicho proceso iniciado a mediados de la década de los 60, encontró en Kirberg a un gestor, promotor y ejecutor de las transformaciones que durante los primeros años de la década siguiente, tuvieron un mayor espesor y profundidad.

De esta manera, el autor releva la estrecha relación entre los estudian-

tes y Kirberg durante los inicios del movimiento en pro de la Reforma Universitaria en la UTE, que logró su punto de inflexión durante el año 1967, “cuando el movimiento estudiantil, apoyado por numerosos profesores y funcionarios, consiguió la creación de la Comisión de Reforma” (p. 63), situación que produjo la renuncia de Horacio Aravena, hasta entonces Rector de la casa de estudios, llamándose a elecciones democráticas para reemplazarlo. Al analizar dicho contexto Kirberg señala que, en primera instancia, su nombramiento a candidato para conducir al movimiento reformista no le causó mucho entusiasmo, sino más bien algo de temor, pues “era echar a andar una tremenda máquina y después no era cuestión de llegar y bajarse” (p. 63). Una vez tomada la decisión, su primera labor fue dialogar con los estudiantes, interiorizándose de sus propuestas y expresando las que eran propias de quien se había jugado, desde su ingreso a la Escuela de Artes y Oficios, por la enseñanza industrial y, especialmente, por la creación de la UTE. Así, en las elecciones de 1968, fue electo con más del 80% de los votos provenientes del alumnado, por lo que se le proclamó públicamente como “el Rector de los estudiantes” (p. 66), mismo apoyo que se expresó en las elecciones de 1969 y 1972.

Si bien resulta imposible para el autor hacer que el ex Rector rememorara los múltiples logros de su administración, tarea que Enrique Kirberg

ya había realizado en su libro titulado “Los Nuevos Profesionales. Educación Universitaria de Trabajadores. Chile: UTE 1968-1973”, publicado en 1981, mientras se encontraba en el exilio, cabe destacar que en la obra de Cifuentes, Kirberg destaca la importancia que durante el proceso reformista tuvieron para él, el perfeccionamiento académico, la extensión universitaria y la educación de trabajadores, considerándolos los aspectos más importantes de la Reforma. Dicho proceso había comenzado a complejizar las funciones de una Universidad que no se encontraba preparada para soportar el calibre de las transformaciones debido la carencia de una mayoría de académicos capacitados para implementar las nuevas exigencias de calidad en los contenidos. Por ello es que, junto con ampliarse la planta docente, se impulsó un extenso programa de perfeccionamiento en universidades del extranjero.

Por otra parte, la extensión universitaria constituyó uno de los puntales de la administración de Kirberg, orientándose a reforzar de forma directa el vínculo de la universidad con la sociedad. La extensión cultural constituyó una de las principales medidas en este sentido, y estuvo representada por múltiples coros, cameratas, compañías de teatros y circos. A su vez, la extensión asociada a labores de trabajos voluntarios resultó central para reforzar los vínculos recíprocos de la universidad con la comunidad y las industrias. En este último caso,

los estudiantes se relacionaron con las faenas y con los trabajadores, configurándose un espacio donde ‘la universidad iba a la fábrica’. Esta relación se formalizó con el convenio firmado en 1970 entre la UTE y la CUT, para capacitar a trabajadores afiliados a la Central, lo que constituyó “un camino continuo de educación y desarrollo” (p. 69) para miles de obreros.

Estas y otras medidas fueron apoyadas por el gobierno de la Unidad Popular, hecho que impulsó a sus detractores a calificar a la UTE como una ‘universidad roja’, apelativo desmentido por Kirberg, bajo el argumento de que los militantes comunistas siempre fueron minoría y sus propuestas cursaron en contextos de complejas discusiones democráticas. El Golpe de Estado y el bombardeo a la Casa Central del 12 de septiembre de 1973 truncaron la ejecución de esos y muchos otros proyectos que se encontraban en fase de diseño, abriendo un nuevo tiempo histórico que -entre otras transformaciones- acabaría con la vocación técnica que había dado nacimiento a la UTE.

Del mismo modo, es necesario destacar que en “Kirberg: Testigo y Actor del Siglo XX” Cifuentes establece un permanente diálogo con el contexto internacional, convirtiendo las interpretaciones de Kirberg en un puente entre los procesos locales e internacionales, lo que constituye a la obra en una completa entrevista de reflexiones en torno a diversos procesos históricos, dando cuenta de la forma

en cómo un sujeto social modela y es modelado por éstos. No obstante lo anterior, una de las críticas que puede hacerse a la obra es que Kirberg ofrece un relato donde evalúa los acontecimientos pretéritos conociendo su desenlace, a la vez que sometido a las imprecisiones de los recuerdos. Si bien ambas son limitaciones de la memoria, consideramos que para el caso de este libro, dichas características constituyen precisamente la principal fortaleza del texto, puesto que las reflexiones de Enrique Kirberg, sin lugar a dudas, constituyen un aliciente para que su memoria individual gatille procesos de memoria colectiva en los miles de sujetos que se jugaron la opción -cualquiera que esta fuera- por los cambios sociales en el convulsionado siglo XX, pues ofrece y reconstruye marcos de significados en los cuales los protagonistas de esos años pueden recordar y darle sentido al pasado, a partir del recuerdo de otros.

Así, los recuerdos del ex Rector deben comprenderse como una herramienta para estimular ejercicios colectivos de recuperación y reinterpretación de los sucesos históricos y del rol de los sujetos sociales en ellos.

En consecuencia, la segunda edición impresa de “Kirberg: Testigo y Actor del Siglo XX” viene a hacer justicia a la primera publicación realizada por la Fundación Enrique Kirberg en 1993, caracterizada por su reducido tiraje y precariedad técnica, deficiencias propias de un proceso de edición y publicación que se hizo a pulso y con tesón, pero que atentó contra el impacto de la obra. Por eso se vuelve necesario reseñarla, como si por primera vez las prensas le hubieran dado vida.

FRANCISCO RIVERA TOBAR.
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO
DE CHILE.